

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

RiL
editores



III. LOS PRIMEROS CAFÉS EN CHILE

Chile ha tenido también sus cafés literarios, aunque nuestra idiosincrasia ha sido distinta porque a diferencia del temperamento europeo que privilegia la terraza y el café para la vida social, nuestro carácter se ha inclinado más por la vida íntima al interior de las casas.

En el seno de nuestros salones y comedores han tenido lugar las tertulias de escritores. Y si los novelistas han salido, más que el salón de té refinado, han preferido la casa del poeta, el bar, el club social o la cantina.

La noche de los bohemios ha tenido por cobijo el restaurant de barrio en donde se han juntado ensayistas y narradores a conversar de libros frente a un plato humeante o alrededor de una botella de vino tinto de buena cepa...

Los Cafés Coloniales del siglo XVIII

No siempre ha sido así. En nuestra tranquila vida colonial, durante el siglo XVIII, ya existían los cafés al estilo español, es decir como recintos para conversar ampliamente en voz alta, jugar a la baraja, fumar mucho y beber una copa con los amigos alrededor de una mesa, dejando transcurrir el tiempo.

Ya en el año 1773 había en la Calle del Rey, hoy Estado, a cuadra y media de la Plaza de Armas, una especie de café y fonda, de sólidas proporciones, donde se reunía la juventud a jugar al “monte de baraja”, conversando ruidosamente.

Por las calles empedradas y bajo la luz de los faroles, ya sea a pie o en carruaje, los caballeros también acudían a estos cafés que estaban en las inmediaciones de la Plaza de Armas en donde se jugaban distintos juegos de naipes, entre ellos “la malilla”, “el mediator” o “la primera”, alumbrados por velas de sebo.

Otro juego característico de estos cafés coloniales fue el “truco”, parecido al billar, introducido en Chile entre 1812 y 1814.

Estos cafés de los primeros años de la República, un poco lúgubres, fueron fundados por españoles y tuvieron de modelo a los madrileños en donde se fumaba y se jugaba a la brisca.

Por la atmósfera ruda y humeante, a estos iniciales cafés no concurrían las mujeres que permanecían bordando en las casas o salían cubiertas con sus mantos para ir a la iglesia.

Un Café Republicano

Fue famoso el Café de don Francisco Barrios situado en la calle Ahumada frente a la puerta del antiguo pasaje Bulnes.

Don Francisco Barrios era un español avecindado en Chile que recordaba a su patria lejana en la atmósfera ruidosa de su vetusto café. La instalación misma no era lujosa. Más bien pobre de aspecto, este café por estar situado en el centro de la capital, era frecuentado por los políticos y hombres de negocio de la época. Este lugar inspiró a un poeta español para escribir la siguiente estrofa: *En un ahumado aposento/ anegado en porquería,/ he visto en un solo día/ lo que no vería en ciento.*

Este café, similar al célebre Café de Bodegones en Lima, cerró sus puertas en 1825.

El Café Serio del Comercio

Otro café frecuentado por los santiaguinos fue el Café Serio del Comercio en la calle Compañía, a media cuadra de la Plaza de Armas. Era un lugar feo de aspecto y mal oliente, ya que lo cruzaba una acequia por uno de sus flancos. Sin embargo, tuvo su importancia ya que reunía a los caballeros de ese tiempo, especialmente comerciantes, echando las raíces de una costumbre de camaradería social en torno a un café que se mantiene hasta el día de hoy.

El Café de Dinator

Fue también famoso en los albores de la República. Lo fundó don Pedro Dinator que después construyó una cancha de gallos en el Tajamar. El Café Dinator funcionó a todo lujo en los altos del Portal Sierra Bella que después pasó a llamarse Portal Fernández Concha, frente a la Plaza de Armas. Allí se jugaba al “monte” y a la lotería.

Un Café Danzante: el de Rengifo y Melgarejo

Otro café Republicano fue el de Rengifo y Melgarejo en la calle Catedral esquina de Morandé, inaugurado a todo lujo en

1822. Este primer “café danzante” pertenecía a los señores Ramón Melgarejo y Tomás Rengifo quienes amenizaron las veladas con orquesta de músicaailable.

Al costado de la calle Morandé abrieron un gran salón con amplios ventanales, cuyo director fue el maestro de música don Manuel Robles, el autor de la Canción Nacional, que se entonaba en ese tiempo. Allí, al compás del piano, las parejas bailaban la contradanza, la cuadrilla, el minué, la “Morandé”, la gavota, y el “churré”.

El maestro Robles no tenía rival. Con paciencia de bailarín, enseñaba los complicados pasos y evoluciones en el encerado piso, mientras en las mesas, las madres y chaperonas observaban las clases, especialmente cuando las parejas bailaban el vals que no era muy bien visto porque era un baile “agarrado”.

La entrada a este café costaba un real con lo que se costeaban los gastos para el profesor y la orquesta. El Café de Rengifo y Melgarejo fue el primero de este tipo que existió en Santiago y dio la pauta para que se inauguraran con el tiempo otros cafés aailables y cantantes en la capital.

El Café de la Nación

En 1826 se inauguró con toda pompa el Café de la Nación en el Portal San Carlos que después pasó a llamarse Portal Mac Clure. Este café pertenecía al acreditado hotelero español don Rafael Hevia que ya tenía experiencia en el negocio del café por haber fundado anteriormente el Café Serio del Comercio en la calle Compañía.

El señor Hevia se había especializado en preparar unas exquisitas mistelas. Los garzones las servían en copas de plata que tenían unas “bigoterías” para impedir que los caballeros se mojaran el bigote.

El Café de la Nación era el lugar de moda para hablar de política, literatura y riñas de gallos. Un escritor asiduo de este emblemático café fue el dramaturgo Daniel Barros Grez que lo evoca en sus crónicas.

La repostería del Café de la Nación era tan refinada que se la comparaba incluso con la de las Monjas Rosas en la preparación de golosinas, alfajores y turrones para los santos, Navidades y Fiestas Patrias.

Hacia 1831, don Rafael Hevia abrió un Café Casino en la Plaza de Armas, en el lugar que hoy ocupa el Palacio Arzobispal y donde antiguamente tenía su residencia don José de San Martín.

Este Café Casino era el mejor montado de Santiago, con un insuperable servicio de refrescos en bandejas de plata. Su atracción principal residía en la música, porque durante la tarde, el maestro Torres, aventajado discípulo del pianista francés Barré, residente en Chile, daba conciertos en "clave". Sin embargo, el ambiente declinó y debió cerrar sus puertas en 1841.

Los Cafés Cantantes: El Café de la Baranda

Como en Madrid, en Santiago también se pusieron de moda los cafés cantantes, para oír la mazurca, la habanera o el cuplé, siendo el Café de la Baranda el más famoso.

Inaugurado en 1831, este Café de tipo español situado en la calle Monjitas, muy cerca de la Plaza de Armas, reunió a los artistas en torno a la música que se interpretaba al compás del arpa y la guitarra con la atiplada voz de las cantoras. Aquí también se jugaba a la lotería mientras en el estrado Las Petorquinas cantaban tonadas campesinas.



*Cantina de Valparaíso a fines de siglo XIX,
con sus características cantoras,
captada por la cámara del fotógrafo norteamericano Harry Olds.*



Ambiente costumbrista en una calle de Santiago frente a la Casa Colorada. Óleo de Charton de Treville (1818-1878).

Era un tiempo tranquilo en el interior de las casas con patios. La vida transcurría lenta al compás de las campanadas de las iglesias. En los salones, al otro lado de las rejas españolas, se bailaba el cuando y la resbalosa, tejiéndose la historia amorosa e íntima de las familias al sabor de la mistela.



Reflexiones junto a una taza de café. Antonio Donghi (1898-1963)



*El café ya está en la mesa.
La lamparilla está encendida...*